

EL PENSAMIENTO REFORMISTA PRIMISECULAR EN ALMA ESPAÑOLA

TERESA CLARAMUNT ADELL

Y

ÁNGELES EZAMA GIL

Universidad de Zaragoza

Alma Española (noviembre 1903-abril 1904) es una revista fundamental para entender el pensamiento reformador de la España de principios de siglo; por ello, la interpretación de la misma debe conducir a una valoración del papel político-cultural que la publicación juega en ese momento ¹, papel que valora acertadamente Patricia O'Riordan ², situándola en la línea de revistas como *Germinal*, *Vida Nueva*, *Electra* o *Juventud* ³.

¹ A este respecto señala E. Marín Otto que el papel de los estudios sobre prensa consiste en «determinar su articulación específica dentro del entramado que en cada momento histórico conforma el modelo comunicativo de una sociedad» («La historia de la prensa en el ámbito global de la Historia de la Comunicación social (propuesta para un enfoque de trabajo historiográfico de la prensa desde la perspectiva de la comunicación social)», en Bernard Barrère et alia, *Metodología de la historia de la prensa española*, Madrid, Siglo XXI Editores, 1982, p. 318).

² Patricia O'Riordan, «Prólogo», *Alma Española* (noviembre 1903-abril 1904), ed. facsímil con introducción, índices y notas de Patricia O'Riordan, Madrid, Ediciones Turner, 1978, p. VII. En adelante, todas las citas de la revista se incluirán en el cuerpo del trabajo, entre paréntesis, y señalando los siguientes datos: autor y título del artículo (cuando no hayan sido mencionados antes), número de la publicación (en romanos) y página; si, por exigencias del tema hubieran de aducirse dos o más citas de colaboraciones, las referencias se harán en nota.

³ Vid.: Guillermo de Torre, «La generación española de 1898 en las revistas del tiempo», *Nosotros*, n. 67, octubre 1941, pp. 3-38; Germán Bleiberg, «Algunas revistas literarias hacia 1898», *Arbor*, 36, núm. extraordinario conmemorativo de 1898, diciembre 1948, pp. 465-480; G. Ribbans, «Riqueza inagotada de las revistas literarias modernas», *Revista de Literatura*, XIII, 1958, pp. 30-47; Domingo Paniagua, *Revistas culturales contemporáneas*, I.—De «*Germinal*» a «*Prometeo*» (1897-1912), Madrid, Ediciones Punta Europa, 1964; María Asunción Mora Martínez, «La revista *Alma Española*: Literatura y política en la generación del 98», *ALEUA*, n. 5, 1986-1987, pp. 295-328; María Pilar Celma Valero, *Literatura y periodismo en las revistas del fin de siglo. Estudio e índices (1888-1907)*, Madrid, Júcar, 1991.

La revista sale a la luz, semanalmente, entre el 8 de noviembre de 1903 y el 30 de abril de 1904. Los números publicados son veintitrés, en orden correlativo; no obstante, se registran dos vacíos en la edición: entre el 21 de febrero (núm. XVI) y el 6 de marzo de 1904 (núm. XVII), y entre el 27 de marzo (núm. XX) y el 16 de abril (núm. XXI) de 1904. Tras este último, la revista presenta cambios importantes (nueva dirección, reformas tipográficas en primera página, y subida de precio), que dan fe de la crítica situación por la que atraviesa.

CONDICIONES Y CIRCUNSTANCIAS DE LA EDICIÓN

Alma Española presenta unas condiciones de infraestructura y financiación que facilitan su difusión entre el público lector.

La publicación de la revista parte, a buen seguro, de una situación económica muy favorable; sólo así es posible que disponga de imprenta propia ⁴ hasta el número XVII, y que pueda mantener durante sus primeros veinte números un precio de 10 céntimos, con subida a 20 céntimos a partir del número XXI ⁵.

Su difusión parece beneficiarse de estas circunstancias. Las tiradas de *Alma Española*, según datos aducidos por la propia revista, oscilan de los 60.000 ejemplares declarados en el núm. XVII a los 70.000 contabilizados en el núm. V (p. 11). Estas cifras resultan excesivas si se considera que, por las mismas fechas, un «bi-semanario» de gran difusión como *ABC* declaraba una tirada de 50.000 ejemplares ⁶. Tales datos están en abierta contradicción con el hecho de que la revista desaparezca en pocos meses. Más plausible parece que la mención de los mismos sea fruto de un optimismo desmesurado en los primeros momentos, y reclamo para llamar la atención del lector en los momentos de crisis.

La revista se caracteriza por un cuidadoso proceso de elaboración que, comenzando por los elementos más puramente ex-

⁴ La posesión de una imprenta propia por estas fechas sólo es accesible para algunas publicaciones privilegiadas (caso de *Blanco y Negro* y *ABC*).

⁵ El hecho de que se mantenga el precio en 10 céntimos en un momento en que el precio medio de cualquier revista ilustrada es de 20 céntimos indica la pretensión de *Alma Española* de ser «la mejor y más barata revista semanal ilustrada» («Gratitud», III, 11).

⁶ Jean Michel Desvois, *La prensa en España, 1900-1931*, Madrid, Ed. Siglo XXI, 1977, p. 18.

ternos como la tipografía, alcanza a la composición de cada número, y define a *Alma Española* como revista ilustrada de calidad.

Se halla confeccionada en un formato manejable y con un «magnífico papel couché». Su tipografía, muy cuidada, es un factor más de atracción sobre el lector, como lo demuestra el cambio de la letra gótica por la redondilla a partir del número V, previa consulta (mediante encuesta) a los lectores (II, 10; IV, 10). En la confección se combinan el blanco y negro y el color, éste únicamente en la portada (bandera de España) y en las contraportadas de los ocho primeros números, realizadas en tricromía. El número de páginas de cada ejemplar es de doce en los ocho primeros números, y aumenta a dieciséis a partir del número IX, reduciéndose nuevamente a doce en el número XXI, como consecuencia de los problemas económicos de la revista.

En cada número se inserta abundante material gráfico; unas veces con sentido en sí mismo y otras como apoyo visual del texto. Son caricaturas, fotografías, dibujos, grabados, y cuadros, reproducidos a través del fotograbado, sistema que se impone por entero en los inicios de este siglo por su menor coste y su mayor rapidez. Entre los colaboradores gráficos merecen citarse los nombres de los caricaturistas Sancha Lengo, Verdugo, Sileno, Tovar y Karikato; el del aguafortista Ricardo Baroja; los de los dibujantes Mariano Benlliure, Santiago Rusiñol, Marcelino de Unceta y Joaquín Sorolla; el del pintor Enrique Serra; el del escultor Querol y los de los fotógrafos Compañy y Franzen; amén de los de los fotograbadores Laporta, Santamaría, y A. Ciarán.

La composición de cada número obedece a una estructura semejante en todos los casos.

La portada aparece habitualmente encabezada por la bandera española ostentando el título de la revista, excepto entre los números XVIII y XX, en que el título se exhibe sobre dibujos modernistas que prolongan ese mito de la bella y la bestia anticipado por el dibujo de Benlliure en el número I. En los primeros números la portada recoge colaboraciones definidoras del carácter de la revista como «Soñemos, alma, soñemos» (I, 1-2), y «¿A su juicio, dónde está el provenir y cuál debe ser la base del engrandecimiento de España?» (II, 2).

El material gráfico que sirve de ilustración a las portadas está compuesto, en su mayor parte, por fotografías de figuras de la vida política (v.gr. Salmerón, Montero Ríos) o ilustrativas de pro-

blemas e iniciativas sociales (v.gr. la Institución Libre de Enseñanza —VII, 1). Además, en los números XIX, XXII y XXIII se recurre a la caricatura para representar la reforma hacendística del Ministro Villaverde, y las figuras de Ortega Munilla (director de *El Imparcial*) y Miguel Moya (director de *El Liberal*).

Las contraportadas están menos diversificadas. Los ocho primeros números incluyen tipos militares: «Así queda atendida completamente la parte más patriótica y nacional de nuestro programa, que es la de vulgarizar las instituciones militares encargadas de mantener la integridad de nuestro territorio» (IV, 12).

A partir del número XII se incluyen sistemáticamente anuncios en la contraportada, probablemente debido a los problemas económicos, ya que la publicidad constituye una de las principales fuentes de financiación de la prensa periódica⁷. El carácter de los anuncios publicados permite estimar que el público de la revista sería fundamentalmente el burgués que puede permitirse un «coleccionismo» caro como el que revelan los anuncios de colecciones de tarjetas y fotografías; por otra parte, el hecho de que las únicas obras literarias anunciadas reiteradamente sean las de Galdós y Blasco Ibáñez permite pensar que la revista ampara tendencias políticas de signo republicano.

Por lo que respecta a las secciones de la revista, algunas se repiten a menudo, pero ninguna llega a ser fija. Entre las más frecuentes se cuentan las de *Fray Candil* («Desde mi celda») y Martínez Ruiz («La Farándula»), que desaparecen en vísperas de la colaboración del grupo de *Helios*. Se repiten también los «Apuntes internacionales» por S. Pérez de Triana, y el «Glosar de semanarios» por José Francés. Con cierta asiduidad aparece asimismo la sección firmada por *Angel Guerra* sobre pintura («Vida artística»), o la de Jenaro Alas sobre el Ejército; son también constantes las «Gacetillas», las «almas» regionales y las citas a pie de página.

La nómina de colaboradores encargados de redactar las distintas secciones experimenta cambios importantes a lo largo de los veintitrés números de la revista, pudiendo distinguirse dos épocas claramente diferenciadas:

⁷ En un periódico como *El Imparcial*, los ingresos por publicidad superaban el 20 por 100 (Jesús Timoteo Álvarez, *Restauración y prensa de masas*, Pamplona, Eunsá, 1981, p. 239).

La primera (números I-XIII) está marcada por la asidua colaboración de Martínez Ruiz, Baroja, Maeztu, Bonafoux⁸, *Fray Cándil*, Manuel Carretero, Luis de Tapia. La segunda se abre en el número XV, con la incorporación del «grueso» del equipo de *Helios*; ante la participación de éstos cesa automáticamente, casi por completo, la de los escritores antes señalados; los números en que participan los escritores de *Helios* (XV-XX) registran una mayor atención a los conflictos internacionales así como un incremento en la cantidad y calidad de las colaboraciones literarias. Aún podría hablarse de una tercera época de la revista, a partir del número XXI, bajo la dirección de Ruiz de Grijalba, en que la publicación recupera ese tono de crítica sociopolítica que parecía haberse perdido en la etapa anterior; aparecen las firmas de los modernistas, pero vuelven algunos de los colaboradores iniciales: Tapia y Maeztu en el XXI, M. Carretero en el XXII.

DECLARACIÓN DE PROPÓSITOS

La redacción de *Alma Española* interviene en casi todos los números mediante notas explicativas destinadas a los anunciantes, al público o a los vendedores. En ocasiones, la intervención lleva aparejada una explícita declaración de propósitos que arroja bastante luz sobre el fundamento, la actitud y la finalidad de la revista:

Aspiramos a que ALMA ESPAÑOLA sea una revista de nutrida y sólida lectura que sirva de lazo de unión a cuantos espíritus se preocupen seriamente del porvenir de España. (...) Un periódico ha de responder siempre a un estado de opinión; en España crece por momentos el ansia por una era de justicia y bienestar. (...)

No tenemos compromiso ninguno político: somos sinceramente liberales; amamos nuestra patria sin sentimentalismos trasnochados, y marcharemos siempre adelante, de cara a la luz, con rumbo hacia los nuevos ideales («Importante», VIII, 11).

⁸ Vid. María Cruz Seoane, «Luis Bonafoux, un periodista en la encrucijada del cambio de siglo», en AA.VV., *Grandes periodistas olvidados*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1987, pp. 25-39.

Declaración que se reafirma y precisa en una intervención posterior:

ALMA ESPAÑOLA no tiene ni tendrá nunca compromiso alguno que la imponga silencio (...) diremos siempre la verdad tal como ella sea (...) sin otro estímulo que el cumplimiento del deber honrado, ni otro norte que el triunfo de la justicia y de la verdad sobre la corrupción y la mentira.

(...) al hábito de contar con los demás y echar sobre hombros ajenos la dura y pesada carga de la responsabilidad y de la iniciativa, queremos substituir una voluntad enérgica, tenaz, perseverante, que se ponga frente a los demás con independencia varonil, con espíritu de acometividad y de lucha, rehusando siempre cejar y proponiéndose siempre vencer (...) no hay más que un ideal, el progreso; un solo camino, el trabajo; un solo apoyo, la ciencia; un solo viático, la libertad. («Sin miedo a nada ni a nadie», XXI, 2)

A pesar de sus declarados propósitos de independencia, incurre en los mismos defectos que ataca en el mencionado editorial del número XXI. Se aprecia un marcado favoritismo por los políticos liberales y republicanos; y, por si fueran poco explícitas estas manifestaciones, el partido conservador, en el gobierno, es duramente atacado.

ALGUNAS MANIFESTACIONES DEL PENSAMIENTO PEQUEÑO-BURGUÉS

El primer número de *Alma Española* se abre con un artículo, en primera y segunda página, firmado por Galdós, cuyas tesis fundamentales coinciden con las bases ideológicas de la revista. La colaboración, que responde al título de «Soñemos, alma, soñemos»⁹, se ilustra con un dibujo de Mariano Benlliure que, a través del mito de la bella y la bestia, presta vida a las dos facetas de la España del momento (la positiva y la negativa; la tradición y la novedad). Galdós hace una lectura implícita del dibujo en los siguientes términos:

⁹ El título del artículo aparece en boca de Fernando Calpena en uno de los *Episodios Nacionales*, *La Estafeta Romántica* (vol. 26; tercera serie), Madrid, Alianza Editorial, 1978, p. 23.

Al examinar lo que caducó y lo que germina en el alma nuestra, observemos la triste ventaja que da la tradición a las ideas y formas de la vieja España.

Pero su espíritu no es en absoluto decadente:

Respetando lo que la tradición tenga de respetable, rechacemos el espíritu mortuorio que en buena parte de la nación prevalece aún.

porque su pensamiento está en el futuro y en el progreso, su espíritu anhela el bienestar. Su doble propuesta, instrucción y agua para los campos, entra de lleno en el programa regeneracionista que es posible detectar en las páginas de la revista. Asimismo, encontramos en dicho artículo la clave del pensamiento de las clases medias españolas de principios de siglo: «los españoles han crecido; comen, ya no maman»; de ahí su conciencia de mayoría de edad y su deseo de protagonismo en la vida política nacional, sin que ello conlleve una alianza con el anacrónico sistema social en el que el propio Galdós nunca llegó a integrarse ¹⁰. El escritor canario, en fin, encarna en buena parte los ideales que guían la publicación de *Alma Española* ¹¹.

El regeneracionismo ¹² supone una actitud de crítica al sistema político de la Restauración, ejercida por las clases medias (pequeña

¹⁰ A este respecto señala M. Tuñón de Lara (*Medio siglo de cultura española, 1885-1936*, Barcelona, Bruguera, 1982): «Y cuando Galdós escribe desde la burguesía en los años de la Restauración es para criticar lo que tiene de suicidio de ésta, como fuerza propulsora, el hecho de encadenarse a la vieja oligarquía».

¹¹ Aunque Galdós no firma ningún artículo más, en ocasiones se le reconoce como promotor de alguno de ellos; tal es el caso del titulado «Una fábrica de cuerdas de guitarra» (Manuel Carretero, IX, 6).

Su presencia se perpetúa a través del ininterrumpido anuncio de la tercera serie de sus *Episodios Nacionales*, en la que plantea problemas referentes a la coyuntura intelectual de comienzos de siglo. Hay también un Galdós, objeto de consideración en la sección de crítica teatral, que trae a estas páginas *Mariucha* y *El abuelo*.

Se ha de señalar, asimismo, la utilización de algunos seudónimos de origen galdosiano, como los conocidos *Angel Guerra* (José Betancor) y *Gabriel Araceli* (Enrique García Albornoz). Por último, la sección elaborada por Manuel Bueno, con el título de «Los condenados», podría estar inspirada en la obra galdosiana del mismo título.

¹² Vid.: Juan López Morillas, *El Krausismo español*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1956; Enrique Tierno Galván, *Costa y el regeneracionismo*, Barcelona, 1961; Rafael Pérez de la Dehesa, *El pensamiento de Costa y su influencia en el 98*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966; Krau-

y media burguesía) marginadas del poder; se intenta así romper ideológicamente con la oligarquía establecida, pero no con el sistema social, al que sólo se pretende «reformular». Esta «doctrina» constituye en *Alma Española* una actitud general que da forma a casi todas las manifestaciones del pensamiento.

La exposición de las directrices regeneracionistas se plantea con mayor nitidez desde la situación «decadente» de la España fin de siglo. El «desastre del 98» parece caer sobre un país insensibilizado (Salvador Canals, «Crónica. Discutamos el desastre», XII, 4). Maeztu achaca esta actitud al hecho de que «siguió al desastre un período de abatimiento y de confusión» («La obra de los muertos», XI, 14). Ahora, cinco años después, la cuestión suscita nuevamente el interés, no con el fin de indagar las causas, sino con el de definir responsabilidades (Salvador Canals, XII, 4) ¹³.

Se es consciente de una situación de «decadencia», que se denuncia explícitamente en muy pocos casos; tal es el de Roberto Ballester, categórico en sus afirmaciones; «España tiende a su decadencia porque tiene de menos agricultura, comercio, justicia, letrados, sabios, realidad, quintas, obras públicas, maestros buenos, virtud, etc., así como tiene de más contribuciones, jueces, leyes, negociantes viles, soberbia y vicios» («Decadencia española», XIII, 11).

Más frecuente es la denuncia implícita, que puede adivinarse en el tratamiento de las relaciones internacionales. España, a principios de siglo, y tras la pérdida de las colonias, está prácticamente ausente del panorama internacional (sin que por ello deje de in-

sismo: *Estética y Literatura*, selección y edición de Juan López-Morillas, Barcelona, Editorial Labor, 1973; Manuel Tuñón de Lara, *Costa y Unamuno en la crisis fin de siglo*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1974; —, *Medio siglo de cultura española*, ed. cit.; AA.VV., *La crisis fin de siglo: Ideología y Literatura. Estudios en memoria de Rafael Pérez de la Dehesa*, Barcelona, Ariel, 1975; Leonardo Romero Tobar, «La novela regeneracionista de la última década del siglo», *Estudios sobre la novela española del siglo XIX* (varios autores), Madrid, C.S.I.C. (Anejos de *Revista de Literatura*, 38), 1977, pp. 133-209.

¹³ En esta línea se mueven los encarnizados ataques contra Nozalea, arzobispo de Filipinas, designado para la sede de Valencia. Nozalea representa a las comunidades religiosas, una de las tres fuerzas sostenedoras del régimen colonial (Maeztu, «La obra de los muertos», XI, 14). Su responsabilidad en el desastre se mide por los desmanes realizados durante su «reinado» en la isla (vid. «Los frailes de Filipinas.—Historia verdad», por Lengo, X), y por el asesinato del poeta Ríbal, que se verifica en este mismo tiempo (W. E. Retana, «España en Filipinas. La verdad para todos», XV, 10). Por otra parte, en la campaña contra Nozalea (cuyo nombramiento propone Maura) se alían liberales y republicanos opuestos a la política de Maura.

teresarse por conflictos bélicos como la guerra ruso-japonesa), de ahí que intente asegurarse un mínimo de protagonismo afianzando la plaza de Marruecos (Francisco Acebal, «Sin Marruecos», XXII, 10), o reivindicando la soberanía sobre la isla del Perejil (E. Lucini Callejo, «Defensa Nacional. Ceuta; lo que es y lo que debe ser», XVII, 1).

Frente a estas circunstancias tan poco halagüeñas para el país, *Alma Española* eleva palabras como porvenir, progreso, trabajo (capacidad para traducir las ideas en hechos ¹⁴), y educación, que cuajan en propuestas de orden práctico como la de la Institución Libre de Enseñanza, fundada «más que para la reforma, para la creación de la educación nacional» (Manuel Carretero, «La Institución Libre de Enseñanza», VIII, 2). En otro plano, Giner de los Ríos se muestra favorable a la acción («Mi pesimismo», XIV, 4), y Unamuno a la guerra («Guerra Civil», XXIII, 2-4). Resta, por último, la premonitoria propuesta política de Baroja («La República del año 8 y la intervención del año 12», VII, 5-7), que, ante el callejón sin salida a que ha llegado el entramado político del país, idea una hipotética situación a la que éste se vería abocado: hace triunfar a la República e instituye luego un pronunciamiento militar, para terminar afirmando que, si algo se necesita en España, es una «Dictadura inteligente» (una orientación y una autoridad).

El patriotismo, fundamento ideológico de las tesis regeneracionistas, se manifiesta abiertamente en *Alma Española* en artículos (*Semper Talis*, «Gritos del alma», VIII, 5) y citas de autoridad:

¡Yo amo con exaltación a mi patria, y antes que a la libertad, antes que a la república, antes que a la federación, antes que a la democracia, pertenezco a mi idolatrada España! (Castelar, XIV, 6).

Además, se explicita en un programa de apoyo al Ejército, encaminado a honrar su imagen tras el descrédito en que había caído a raíz del «desastre del 98». A esta reivindicación corresponden, por una parte las colaboraciones de Jenaro Alas, verda-

¹⁴ Así se expresa Claudio Frollo «y hoy es cuando la sociedad se va acercando a un estado aceptable: al del hombre, que no sólo es dueño de la idea, sino que es también dueño de la acción» («Fiebres actuales», IX, 8). Esta acción es ejemplificada por el *Quijote*, que representa el ideal puesto en práctica (R. de Maeztu, «Don Quijote en Barcelona», VII, 9).

deras apologías de las fuerzas militares (vid. «Introito», VI, 8) ¹⁵, y por otra, las ilustraciones que se incluyen en las contraportadas de los ocho primeros números.

Dicho patriotismo se revela también en las manifestaciones artísticas, puesto que son elogiados escritores como Kipling (Carlos Navarro Lamarca, «Kipling», XIX, 7) y Taine («Taine», X, 2-3), que han hecho del sentimiento patriótico un ideal de vida. En esta línea habría que situar aquellas colaboraciones que ponen el acento en el arte y la música genuinamente españoles. En cuanto al primero, se pasa de la mera constatación (sección titulada «Joyas de arte español») a la reivindicación: «Lo que hay que hacer es proporcionar a los artistas españoles ocasiones y medios para que sea conocida su labor, ayudar a los que empiezan, evitar injustos acaparamientos de trabajo y educar el gusto del público para que no se vaya a buscar fuera lo malo, teniendo en casa algo mejor» (Amós Salvador, «Concurso de Arquitectura. El nuevo edificio del casino de Madrid», IX, 12). Por lo que a la música se refiere, se hace patente la misma reivindicación a través de tres maestros consagrados: R. Chapí («Música Española. ¿Hasta cuándo?», III, 3), T. Bretón («Música Española», V, 8-9), y M. de Lara («Notas musicales», XIX, 4-5). Estas manifestaciones no son sino la evidencia dolorosa de la escasa consideración de que son objeto la cultura y el artista en nuestro país; el arte, exento de protección, se convierte en una degradación de sí mismo, como muy bien indica M. C.: «Decadencia, honda prostitución del arte y de los artistas, es el término fatal del aire malsano que respiramos. Así no puede haber arte en España. Acabará por desaparecer, y seremos nosotros los culpables, y también los gobiernos, que no se preocupan, en poco ni en mucho de la cultura nacional» («Juventud triunfante. Trilles, escultor», VI, 11).

El regionalismo, como manifestación del espíritu regeneracionista, «no alcanzó caracteres propios hasta la crisis de 1898 y sus secuelas» ¹⁶; al lado del fenómeno típicamente burgués, se aprecia la «existencia de un regionalismo de preocupaciones sociales y re-

¹⁵ La pérdida colonial del 98 supondría la casi total paralización del Ejército, ya que las posesiones españolas se vieron muy reducidas (Ceuta, Río de Oro, parte de Marruecos).

¹⁶ José Carlos Mainer, *Regionalismo, burguesía y cultura: "Revista de Aragón" (1900-1905) y "Hermes" (1917-1922)*, Zaragoza, Guara Editorial, 1982, p. 14.

flejos progresistas»¹⁷; ambos conviven en el primer tercio del siglo.

En *Alma Española*, por lo general, el regionalismo no se plantea como un problema de orden político; la exaltación de las almas regionales se encamina hacia la búsqueda de la identidad del hombre con el medio, siguiendo las doctrinas de Taine¹⁸ (R. Pérez de Ayala, «Panteísmo asturiano», VII, 10), y con ello, a la formulación de tópicos sobre el carácter de los habitantes de cada región (v.gr. el alma aragonesa es tenaz; la mallorquina, fina, flexible y sutil; la andaluza, alegre y jocosa).

El estudio del alma regional presenta en ocasiones un carácter político, como sucede con el alma mallorquina, que defiende un «regionalismo bien entendido» (Miguel S. Oliver, «Alma Mallorquina», IV, 1-3) o con la asturiana, que manifiesta su «desdén hacia el poder central» (Francisco Acebal, «Alma Asturiana», IX, 3); pero en ambos casos no se trata sino de afirmaciones de carácter individual, lejos de ideologías partidistas y, por tanto, sin finalidad práctica.

El regeneracionismo se manifiesta, a nivel ideológico, en un rechazo del belicismo. La violencia es el factor que caracteriza a las relaciones sociales y políticas en este período, como se pone en evidencia en los conflictos bélicos internacionales, pero también en la agitación obrera, que es objeto de escasa consideración en la revista (R. de Maeztu, «Bilbao íntimo. Sigue el conflicto», I, 7).

Frente a este factor desestabilizador, las clases medias asumen una postura antibelicista que se traduce en un rechazo de la guerra y del anarquismo. El rechazo de la guerra (manifiesto en pleno conflicto ruso-japonés) se explicita en algunas citas de autoridad (Víctor Hugo, XVI, 8). La guerra es condenada como hecho antijurídico (*Clavigero*, «Pláticas», XVI, 8), y es frecuente enfrentarse a ella desde la perspectiva del humanitarismo: «Bajo el punto de vista del derecho y la humanidad, hay que distinguir la guerra del combate; aquélla puede suavizar un tanto sus procederes; éste es falso, indomable; conviene verle como es, para aborrecerle como merece» (Concepción Arenal, «Observaciones sobre la guerra», XVI, 9).

¹⁷ *Ibid.*, p. 16.

¹⁸ H. Taine, *Historia de la literatura inglesa. Los orígenes*, Madrid, La España Moderna, s.a. («Biblioteca de jurisprudencia, filosofía e historia»).

La misma actitud de rechazo puede observarse contra el anarquismo, que recurre a la «acción directa» (huelgas, violencia) como medio para lograr la emancipación obrera (Un prójimo, «Alma desfallecida», XV, 6-7).

Alma Española, siguiendo la ideología de los más destacados regeneracionistas, se muestra claramente anticlerical: la religión se opone a la razón, siendo un freno para el progreso ¹⁹, impide la libertad de conciencia («Juicios de Montero Ríos», XIV, 2) y se utiliza como reclamo político (Luis Bonafoux, «Crónica», V, 3).

Esta postura nos permite deducir el signo izquierdista de *Alma Española*, ya que son los liberales ortodoxos y los republicanos (influidos por el positivismo francés y la propaganda antirreligiosa anarquista) los más ferozmente anticlericales de esa España finisecular.

La integración de la mujer en la estructura social es uno de los factores que favorecen el impulso regenerador; así lo reconocen los redactores de *Alma Española*, que ponen todo su empeño en denunciar la situación social de la mujer y proponen medidas destinadas a modificarla.

La condición de la mujer se expone en los siguientes términos: está relegada de la sociedad (Pío Baroja, «La secularización de las mujeres», XIII, 2), carece de educación adecuada (Joaquín Dicenta, «Atavismos», XXI, 2) y trabaja en condiciones muy duras (M. Carretero, «España Vieja. Industrias.—Una fábrica de trapos», XII, 11-12). La mujer es concebida, casi exclusivamente, como objeto de deseo (G. Martínez Sierra, «Grosería española. Las malas costumbres», XXII, 6-7). La denuncia atañe, fundamentalmente, a la situación de las mujeres de la clase media.

La respuesta a este problema social la constituyen propuestas como la Asociación para la Enseñanza de la mujer (C. Barcelona de Quirós, «España Nueva. Asociación para la Enseñanza de la mujer», XI, 9), su integración en la sociedad para ayudar al progreso (Pío Baroja, «La secularización de las mujeres», XIII, 2), y el desarrollo de la mentalidad de la mujer de «la clase media y parte de la aristocracia española» (Fabián Vidal, XXIII, 7-8). En definitiva, se pretende una educación íntegra de la mujer para ayudar al funcionamiento de la vida social, como corresponde a

¹⁹ Anónimo, «Los Luises», XXII, 2; Luis Morote, «Salmerón», XII, 2.

la nueva moral burguesa²⁰. El teatro galdosiano, y más concretamente *Mariucha*, como veremos, constituye un buen exponente de esta deseada integración.

A pesar de estos propósitos, la participación femenina en la confección de la revista es prácticamente nula, excepción hecha de Concepción Arenal y Emilia Pardo Bazán.

LA CRÍTICA AL ESTADO LIBERAL-BURGUÉS. LOS INTERESES DE LAS CLASES MEDIAS

Los dos grandes bloques de poder, conservadores y liberales, desaparecidos sus principales líderes políticos (Cánovas muere en 1897 y Sagasta en 1903) se verán obligados a modificar la dinámica gubernamental. Don Antonio Maura, líder del partido conservador, resulta ser presidente electo el 12 de diciembre de 1903; el número de *Alma Española* correspondiente al día 13 del mismo mes incluye una doble página («El flamante ministerio», VI, 6-7) con las caricaturas del nuevo gobierno realizadas por Verdugo, y textos alusivos de Luis de Tapia, de carácter satírico pero de escaso valor literario.

La figura de Maura como orador es en todo momento aplaudida, pero su personalidad política se pone en entredicho a la mejor oportunidad; los viajes reales, y en particular el que se realiza por tierras de Andalucía («El rey en Andalucía», XXIII, 2), constituyen una buena excusa para ello. Julio Burell («Ante el orador», XVII, 3-4) ve de cerca el fracaso de Maura. Al igual que éste, el partido conservador en pleno es denostado como artífice de una política vinculada a los intereses de las clases acomodadas y en detrimento de las clases medias y del proletario (R. de Maeztu, «Por Cataluña. Epílogo», XXXIII, 10). En consecuencia, Alejandro Sawa no deja de vaticinar la muerte de la alternativa conservadora («Los neo-conservadores», VIII, 3-4).

Si las denuncias por escrito son reveladoras (especialmente en el número XXIII), no lo es menos la documentación gráfica, que cuenta con no pocos testimonios; v.gr. el voto de censura flechado

²⁰ José Carlos Mainer, «El teatro de Galdós: símbolo y utopía», en *La crisis de fin de siglo: Ideología y Literatura. Estudios en memoria de Rafael Pérez de la Dehesa*, Barcelona, Ariel, 1974, p. 197.

por las minorías sobre el elefante-Maura (Verdugo, «El elefante invulnerable», XVIII, 9); o la «Minoría republicana» en forma de ladrillo en el que Maura tropieza (Verdugo, «El adoquín de Maura», XVI, 7).

No cabe dudar acerca de la adhesión de la revista a la causa republicana, como síntoma del descontento que nace de un sistema de fuerzas políticas insatisfactorio, en tanto en cuanto excluye de su estructura de poder los intereses de una clase media que nutre, en su mayoría, las filas del republicanismo ²¹.

Si, por un lado, se hace una concesión a la minoría republicana como fuerza capaz de desestabilizar el corrompido sistema de turnos, por otro se es consciente de las limitadas alternativas que ofrece el bipartidismo, y, por lo tanto, se hacen también cierto tipo de concesiones a los liberales como partido inmerso dentro del juego político. En esos momentos la oposición representaba, como es obvio, la vía más inmediata para acabar con el maurismo. Las fotografías en una doble página de Montero Ríos y Moret (III, 6-7), a la sazón líderes que pugnaban por la jefatura, y la especial atención que merece Montero Ríos en el número XIV, hacen pensar en el interés, no sólo por la alternativa liberal sino por el ala más izquierdista del partido ²².

Estas circunstancias se reflejan en una postura antiparlamentaria, que manifiestan las figuras más sobresalientes de la vida política nacional, entre ellas Silvela, Moret, Canalejas y Salmerón ²³.

La insatisfacción con la vida política nacional arranca de una realidad económica y social también insatisfactoria. En relación con la primera, en *Alma Española* son objeto de crítica tanto el mundo de altas finanzas ²⁴ como en el estado de la industria. El grado de desarrollo de esta última es tan escaso que difícilmente

²¹ «La fuerza del republicanismo en España consiste en el hondo descontento de los españoles» (Maeztu, «La moraleja de las elecciones», II, 9-10). Figuras como la de Salmerón son profundamente admiradas.

²² En diciembre de 1903 Montero Ríos obtiene la mayoría de votos para la jefatura, pero no consigue «quorum» y las luchas por el liderazgo prosiguen. Moret lo conseguirá en 1907.

²³ Cf. las palabras de Salmerón: «El Parlamentarismo no representa a la nación, ni con los intereses nacionales se compenetra» (A. Pons y Umbert, «Parlamentarismo», XV, 14-15).

²⁴ Creación de la gran banca con los capitales repatriados de las colonias (Cf. «Juicio de Montero Ríos», XIV, 3; y Venancio Roca, «La inmoralidad de los grandes», XIX, 10-11) y noticias sobre la Compañía Trasatlántica (R. de Maeztu, «Rahola y Zuleta. ¡Vaya una embajada!», XIII, 3).

admite parangón con el mismo sector de la economía europea ²⁵, como se pone de manifiesto en dos colaboraciones de Manuel Carretero, «Una fábrica de cuerdas de guitarra» (IX, 6-7) y «Una fábrica de trapos» (XII, 11-12), que, si en principio pudieran parecer una añoranza del trabajo artesanal y de la sociedad precapitalista, evidencian sobre todo un sentimiento amargo ante esa impotencia de la economía española para prosperar ²⁶.

La impopularidad de Fernández Villaverde en el terreno económico es paralela a la de Maura en el político. En el gobierno de Maura, primero como presidente del Congreso, y más tarde como presidente del Consejo de Ministros, su figura despierta recelo fundamentalmente entre las clases medias ²⁷.

Esta deficiente situación económica motiva un descontento social que encuentra escaso eco en las páginas de *Alma Española*. Las constataciones de conflictos laborales son muy raras (Maeztu, «Bilbao íntimo. Sigue el conflicto», I, 7-8). La actitud que predomina es la de denuncia, tanto de los bajos salarios como de las condiciones infrahumanas en que viven los mineros (Dicenta, «En el fondo de la mina: Almadén», I, 4-7) y obreros fabriles (M. Carretero, «España Vieja: Industrias: Una fábrica de trapos», XII, 11-12); en definitiva se trata de la explotación del hombre por el hombre en la sociedad capitalista (Dicenta, «Dinero», IV, 4-5). Por lo que al universo laboral femenino se refiere, se percibe un apoyo total a la condición de trabajadora de la mujer, al tiempo que se denuncian sus injustas condiciones laborales y retributivas ²⁸.

²⁵ La población estaba repartida, sectorialmente, de la siguiente manera: 68 por 100 en el sector primario, 16 por 100 en el secundario, y 16 por 100 en servicios; de donde se colige la base fundamentalmente agraria del país y su escaso desarrollo industrial (vid. J. L. Abellán, *Sociología del 98*, Barcelona, Península, 1973, p. 35).

²⁶ No obstante, la revista presta atención a los avances de carácter científico y técnico, por considerar su interés para la modernización de distintos sectores industriales. Vid. José R. Carracido, «Actualidad científica: El radio y la evolución de la materia», XIII, 14-16 y E. del Castillo, «Actualidad científica. Fotografías por telégrafo», XVII, 7-8. «La España nueva», I, 3.

²⁷ La animadversión hacia Villaverde no procede de la coyuntura económica de los años 1903-1904, sino que hay que remitirla a los años 1899 y 1900, cuando Villaverde, como ministro de Hacienda del gobierno Silvela, dicta unas leyes financieras —impuestos sobre el consumo y gravámenes del 20 por 100 a la industria y a los capitales repatriados, convirtiéndolos en deuda interior— que perjudican más a las clases medias que a la gran burguesía.

²⁸ Vid. al respecto: Manuel Carretero, «Una fábrica de trapos», XII, 11-12, y Práxedes Zancada, «Las trabajadoras del muelle de Santander», XVI, 11).

Por otra parte, hay que señalar la completa ignorancia de los conflictos en el campo andaluz de principios de siglo. La respuesta a este desinterés es obvia: el público pequeño-burgués ciudadano que adquiriría la publicación estaba poco o nada sensibilizado con la problemática rural; tengamos en cuenta, además, que son las clases medias ciudadanas y sus intereses político-económicos los que se reflejan en *Alma Española*. El aparente apoyo al proletariado en la revista no es sino un pretexto para que la pequeña burguesía exprese su propio descontento; sólo sectorialmente y de modo circunstancial conciben las clases medias la posibilidad de unirse a la causa revolucionaria de los idearios obreros ²⁹.

En fin, la mejor síntesis de lo que supone la crítica al Estado liberal burgués en las páginas de *Alma Española* la constituye una caricatura de Verdugo que, bajo el título de «las tres desgracias» (XII, 7) representa, de forma paródica, a Villaverde, Maura y Nozaleda; de este modo, los problemas más agudos de la España del momento: el gobierno, el Parlamento, la economía, la Iglesia y la pérdida de las colonias, resultan denunciados a través de las esperpénticas figuras en las que se encarnan.

LA POLÉMICA MODERNISTA

De las diversas tendencias que se hallan en la base del modernismo sólo el simbolismo, y en parte el parnasianismo son objeto de consideración en *Alma Española*. A ambas presta atención un artículo de *Clavigero* («Pláticas. Crítica literaria», XVII, 4-6) que incide certeramente tanto en la esencia del simbolismo (movimiento puramente poético que «entrañaba una revolución en el concepto de la poesía y en la métrica») como en la del parnasianismo («una rama del romanticismo con cierto jugo positivista»).

La primera manifestación del espíritu simbolista es el decadentismo, cuyo máximo exponente, Baudelaire (J. Martínez Ruiz, «Baudelaire», XIII, 3), ejerce un influjo notable sobre escritores como M. Rollinat (J. M. R., «Mauricio Rollinat», XII, 4). Ambos comparten ese mundo dorado de la bohemia parisina, que llega a España tardíamente, expresándose en forma de protesta «contra la

²⁹ Vid. M. Martínez Cuadrado, *La burguesía conservadora (1874-1931)*, Madrid, Alianza, 1976 (*Historia de España Alfaguara*, vol. VI), pp. 350 y ss.

sociedad de la Restauración, contra el canovismo político, la oligarquía, el caciquismo, la corrupción social y el realismo artístico dominante»³⁰. Un buen ejemplo es la figura de Alejandro Sawa, colaborador asiduo de *Alma Española*, en cuya actitud estética modernista se unen «Bohemia, anarquismo y aristocratismo artístico»³¹.

Entre los maestros del simbolismo ocupa lugar preferente el escritor M. Maeterlinck, cuya obra, escrita en una prosa admirable, elude el tratamiento de «todo problema, de toda controversia, de todo lo que preocupa en la actualidad a los escritores del mundo moderno»³².

Si esto sucede en Europa, la España de fines del XIX se caracteriza por una falta absoluta de interés por la poesía que «se trueca en hostilidad y en mofa al hacer acto de presencia los modernistas»³³. Se entabla así una dura polémica en la que el modernismo cuenta con detractores como Ortega y Gasset, Unamuno, E. Ferrari o Maeztu. A la nueva sensibilidad literaria se le achacan: su filiación francesa, su posible relación con el gongorismo, su cultivo excesivo de la palabra, y su inhumanidad.

Pues bien, la polémica modernista se plantea en *Alma Española* en dos frentes: la querella viejos/jóvenes, y la dicotomía Arte puro/utilitarismo, y se introduce con un violento artículo antimodernista de *Fray Candil* («Desde mi celda», I, 10), a pesar del apoyo decidido de la revista a la nueva estética.

La reivindicación de la nueva generación³⁴ es iniciada por G. Martínez Sierra, sin recurrir al término «modernista»³⁵. Estos

³⁰ Manuel Aznar Soler, «Bohemia y burguesía en la literatura finisecular», *Historia y crítica de la literatura española*, al cuidado de Francisco Rico, Barcelona, Grijalbo, 1979, vol. VI, p. 78.

³¹ *Ibid.*, p. 79.

³² Gabriel Araceli, «Maestros modernos. Maeterlinck», XVII, 13. Vid. también G. Martínez Sierra, «Mauricio Maeterlinck», XVIII, 7-8.

³³ J. M. Martínez Cachero, «Algunas referencias sobre el antimodernismo español», *Archivum*, 1953, p. 317.

³⁴ Sin duda, no es ésta la misma juventud de que habla Martínez Ruiz («Somos iconoclastas», X); para éste los «viejos» son los escritores de la Academia, y los jóvenes los de su generación.

³⁵ Antonio Ramos-Gascón («La Revista *Germinal* y los planteamientos estéticos de la gente nueva», *La crisis de fin de siglo: Ideología y Literatura. Estudios en memoria de R. Pérez de la Dehesa*, ed. cit., p. 126) señala su preferencia por el término «gente nueva», en lugar del equivoco «modernismo», para denominar (en términos del momento) a aquellos intelectuales de fin de siglo que «guiados por un ansia de renovación y aun, en casos, por una conciencia revolucionaria, intentaban romper con los antiguos cánones literarios o pretendían subvertir el orden social establecido».

jóvenes «son la generación primera, sí, la primera que no aprovecha el arte para fines interesados» («Nueva generación», IX, 15). Su finalidad es la búsqueda de la belleza. Frente a esta finalidad del arte puro, se alzan las voces de los utilitaristas, que, sin rechazarlo de plano, lo reputan insuficiente para satisfacer las necesidades de una sociedad en trance de regeneración; por eso se les pide a los cultivadores del arte puro «Contribuid con vuestro arte a la creación de una patria nueva» (J. Martínez Ruiz, «Crónica. Arte y utilidad», IX, 5). La máxima aspiración del artista no debe ser la belleza, sino la verdad: «¡Qué labor tan hermosa y tan humana la del artista que pone su inspiración al servicio de la verdad y a la propagación de los ideales contemporáneos!» (Antonio Zozaya, «Lirismos», XVIII, 4).

El artículo más revelador sobre el tema es uno de G. Martínez Sierra («De la juventud», XIV, 10) en que se definen las principales líneas de actuación de la juventud «modernista»: cosmopolitismo, pero también «son los más españoles de todos —en cuestión literaria; los que, enamorados de los viejos estilos y de los procedimientos de antaño, admirando en los clásicos españoles lo admirable, intentan traerlo a la actualidad»; llevan a cabo una renovación métrica; su meta es el culto a la belleza, y sus dos figuras máximas, Salvador Rueda ³⁶ y Rubén Darío.

La va notoria influencia de R. Darío en España se afianza tras cada uno de los viajes efectuados por el poeta a la Península (1892, 1899, 1904). Darío es una figura admirada («Rubén Darío», IX, 8), casi un ídolo. Le conmueven los problemas de España; su hispanismo se precisa en los *Cantos de vida y esperanza*, respecto a los cuales dice «Hay mucho hispanismo en este libro mío... ¡Hispania para siempre!» ³⁷; no deja de ser significativo que el único poema de Darío que se incluye en *Alma Española* sea uno de este libro (XIV, 7).

³⁶ A pesar de que, posteriormente, hiciera «causa común con los más ciegos antimodernistas» (J. M. Martínez Cachero, «Salvador Rueda y el antimodernismo», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, XXXIV, 1958, p. 43).

³⁷ Pedro Salinas, *La poesía de Rubén Darío*, Barcelona, Seix-Barral, 1975, p. 41.

LA CRÍTICA TEATRAL

La escena de principios de siglo es considerada en plena decadencia, en una casi completa prostración (F. M. Unciti, «Teatro nuevo», XIII, 8-9). Por una parte, se rechaza el teatro efectista decimonónico representado por la obra de Echegaray³⁸. Por otra, se le proponen al teatro nuevas directrices estéticas; en *Alma Española* se adivinan éstas en sendas colaboraciones de Martínez Sierra y Maeztu: el arte ha de ser como la vida, basado en conflictos individuales, sencillo de forma; ha de ser poesía, poesía de la vida (G. Martínez Sierra, «Los teatros. Algunas consideraciones sobre el teatro moderno», XV, 5-6); y para interesar al público, el autor debe tratar temas de actualidad (R. de Maeztu, «Plumas hidalgas», V, 3).

El teatro de Benavente, comentado a propósito de los recientes estrenos de *La noche del sábado* (Martínez Ruiz, «La farándula», IV, 7) y *El dragón de fuego*³⁹ es ensalzado por su lirismo, por el tratamiento de los personajes. Pero hay algo más; el Benavente de principios de siglo es un innovador de la escena española, y estas dos obras precisamente, constituyen una llamada de atención a la crisis de la dramaturgia española. Así, Imperia en *La noche del sábado* representa la lucha por el ideal; es una afirmación de la voluntad, de esa fuerza vital que los escritores del momento invocaban como remedio a la abulia y a la prostración (y sobre la que tanto influjo ejerció la filosofía nietzscheana⁴⁰).

Fray Candil («Desde mi celda. El género chico», VII, 7-8) hace una apología del género chico, destacando la obra de los Quintero y de Arniches, que sitúa en la línea del Juan José de Dicenta (1895), por su proximidad a lo real; pero la obra de Dicenta, pese a su componente melodramático, se orienta en buena medida

³⁸ *Fray Candil*, «Desde mi celda. La dramaturgia de Echegaray», IX, 14-15; Martínez Ruiz, «La farándula. Echegaray y El Espejo», VI, 5.

³⁹ Vid. Martínez Sierra, «Los teatros. El dragón de fuego», XIX, 6-7 y José Francés, «Glosar de Semanarios», XX, 14-15.

⁴⁰ No debemos pasar por alto las abundantes referencias que del filósofo alemán se hacen en *Alma Española*. Se localizan seis colaboraciones: *Fray Candil*, «Desde mi celda», VIII, 7-8; J. Martínez Ruiz, «Pequeño pleito», VII, 8; J. Martínez Ruiz, «Reparos», VI, 10; V. Díaz-Pérez, «Zaratustra en Madrid», XX, 4-5; R. de Gourmont, «Nietzsche», X, 10; V. Pereda, «Miradas a la raza. Desde una idea de Nietzsche», XXIII, 4-6. A ellas hay que añadir un fragmento de la obra del escritor con el título de «El mundo» (XIII, 9), en que se expresa su idea del eterno retorno.

Vid. Gonzalo Sobejano, *Nietzsche en España*, Madrid, Gredos, 1967.

hacia la denuncia social, mientras que el sainete es, propiamente hablando, un teatro de evasión ⁴¹.

El teatro galdosiano, en fin, además de participar en la renovación dramática de principios de siglo, constituye un claro exponente de las directrices ideológicas que guían *Alma Española*. Así, *Mariucha*, cuyo verdadero público es «el Madrid que trabaja», frente al Madrid «flotante» de una burguesía decadente, representa la fuerza del trabajo como camino que debe llevar al progreso, superando los esquemas de una sociedad caduca ⁴².

Por su parte, *El abuelo*, comentada por G. Martínez Sierra («Los teatros. El abuelo», XVI, 12-13) destaca por sus valores humanos y realistas, así como por su interés ideológico. Nuestra lectura de la obra ⁴³ toma como base real las estructuras de poder analizadas a través de la revista, en las que el cuadro social correspondiente a las clases medias conforma una minoría excluida del sistema, «ilegal» y parangonable con Doll, esa nieta bastarda sobre la que el abuelo proyecta todas sus esperanzas. Su contrafigura, Nelly, es el orden establecido, pero no por ello representante auténtico de la progenie familiar; como ella, el sistema de la Restauración se sostiene sobre unos pilares resquebrajados, cuya legalidad es sospechosa. Esta es la tesis última que se deduce del análisis de *Alma Española*, tesis que corrobora la obra de Galdós, maestro y guía de la juventud finisecular.

⁴¹ Vid. Rafael Pérez de la Dehesa, *El grupo "Germinal": una clave del 98*, Madrid, Taurus, 1970 (Cuadernos Taurus, núm. 99), pp. 17-34. José Carlos Mainer, «Joaquín Dicente (1863-1917)», incluido en *Literatura y pequeña burguesía en España (notas 1890-1950)*, Madrid, Cuadernos para el diálogo, 1972, pp. 29-57. Jesús Rubio, *Ideología y teatro en España 1890-1900*, Zaragoza, Departamento de Literatura de la Universidad de Zaragoza-Libros Pórtico, pp. 161-173.

⁴² Las referencias a Ibsen que se localizan en la revista pueden interpretarse según los mismos principios ideológicos propuestos para *Mariucha*. No en vano tuvo tanto éxito en la Barcelona de principios de siglo.

⁴³ Esta lectura coincide con la que hace José Carlos Mainer en «El teatro de Galdós: símbolo y utopía», ed. cit., p. 198.